

1988

En El Salvador no se podía esperar mucho de 1988 ni para bien ni para mal. 1988 era el último año de la presidencia de Reagan y los norteamericanos iban a estar más preocupados en sus propias elecciones que en emprender cambios sustanciales de su patio trasero. 1988 era también un año de elecciones en El Salvador, al principio de él elecciones para diputados y alcaldes, al final elecciones para presidente. A esto se unió la enfermedad a medio año del presidente Duarte, lo cual hacía del final de su presidencia una presidencia finiquitada. Únicamente el FMLN no tenía condicionamientos internos y podía trazarse su estrategia, sin estar condicionado directamente ni por las elecciones salvadoreñas ni por las elecciones norteamericanas. La Fuerza Armada, sin embargo, estaba también condicionada por los cambios generacionales con el ascenso al poder de la famosa tandoná, lo cual, además de otras razones más profundas, impedía a los antiguos y a los nuevos lanzarse a grandes aventuras de cambio.

Lo esperado se ha cumplido. ECA llamaba a 1988 año de transición y así ha sido. Más aún, así va a ser, por lo menos, hasta que se conozcan los vencedores de las elecciones presidenciales de marzo de 1989 e incluso hasta la toma de posesión del nuevo presidente en junio próximo. Esto no quiere decir, sin embargo, que no hayan ocurrido cosas importantes durante este año que ya termina, aunque no lo sean tanto en sí mismas como en lo que tienen de preparación y prefiguración de otras.

En el campo económico, que es el más independiente de las coyunturas mencionadas, las cosas no han ido tan rematadamente mal. Se ha dado un modesto crecimiento del PIB, no obstante la mala cosecha del café; la inflación en vez de aumentar, como en tantos otros países, ha disminuido su ritmo y puede quedarse en un 20%, que para un país latinoamericano no está tan mal; el colón se ha revaluado ligeramente frente al dólar en el mercado paralelo y, en algunos rubros, puede hablarse de cierta reactivación económica. Hay ciertamente otros índices negativos (desempleo, poder adquisitivo de los salarios, baja en la exportación, déficit fiscal y de la balanza comercial, etc.), pero la situación en su conjunto, para las circunstancias de guerra, que vive El Salvador, no ha sido catastrófica.

En el campo militar, también bastante independiente a corto plazo de las coyunturas electorales, lo más significativo es el repunte ofensivo del FMLN en la última parte del año. De ninguna manera puede decirse que 1988 haya sido un año de



triumfos para la Fuerza Armada y de derrotas para el FMLN. La verdad es más bien la contraria. Independientemente de las bajas de uno y otro ejército, todavía no comprobadas y que difieren enormemente en boca de unos y de otros, pero que no serán inferiores a las de 1987, en el que la Fuerza Armada tuvo más de tres mil bajas según confesión propia (más de seis mil según declaraciones del FMLN), el FMLN con un importante acopio de fuerza nueva se habría hecho presente de forma significativa y casi simultánea en prácticamente todo el país. A las acciones de emboscada y sabotaje usuales ha añadido acciones ofensivas en las más distantes partes del país, desde Ahuachapán hasta San Miguel, desde Santa Ana a Usulután, haciéndose cada vez más presente en La Libertad y en San Salvador. Las acciones guerrilleras ciertamente no han puesto en peligro serio a la Fuerza Armada ni tienen la potencialidad suficiente para vencer o tomar el poder. Pero han puesto en evidencia a la Fuerza Armada. Tras ocho años de lucha la Fuerza Armada, quintuplicada en efectivos y pertrechos, no ha podido debilitar militarmente al FMLN y no está en capacidad de proteger solventemente la infraestructura económica del país (sobre todo la energía eléctrica) ni puede dar seguridad a los alcaldes de las zonas conflictivas. Esto no se debe a la Guerra de Baja intensidad ni se debe a la falta de moral o de profesionalismo de la Fuerza Armada, sino que se debe a la capacidad del FMLN para enfrentar cualquier desafío y para crecer y fortalecerse en las condiciones más adversas.

Políticamente lo más significativo es, por un lado, el triunfo de ARENA en las elecciones de diputados y alcaldes, que le dieron la mayoría absoluta en la Asamblea y un gran poder de expansión en las alcaldías; por otro lado, la participación de Convergencia Democrática en la vida política del país y particularmente en las del actual proceso electoral. A esto se añade el reingreso a la vida política, aunque no al proceso electoral, del UDN.

El triunfo de ARENA fue, ante todo, una derrota de la Democracia Cristiana tanto en el plano del ejecutivo como en el plano del legislativo. La incompetencia y la corrupción las pagó caras la DC. No supo, no quiso o no pudo probar que lo verdaderamente malo no era su gestión sino el proyecto norteamericano, que se había encargado de gerenciar. El pueblo sintió que las cosas iban mal e iban a peor y confió en que el cambio las mejoraría. No le interesaron los programas de ARENA, que no los tenía muy definidos, sino la oferta de un cambio en la dirección del Estado. Para ello ARENA tuvo que hacer su opción: dejar en la sombra a su sector militarista y terrorista, amortiguar su tono de guerra y de violencia e incluso ofrecer como objetivo principal de su política la solución de la miseria del pueblo. Esto se ha visto más claramente en su estrategia presidencialista, pero es algo que se venía trabajando desde mucho antes. Un importante sector del capital ha entendido que sólo una

moderación en sus objetivos y en sus medios puede traer el apoyo indispensable de Estados Unidos y se ha decidido claramente por esa moderación. De momento esta es la línea ahora predominante en ARENA, aunque no sea la única ni esté suficientemente consolidada. Y esto supone una de las grandes novedades de 1988, aunque las bases del cambio ya se pusieron, cuando se desplazó a D'Aubuisson primero de la presidencia de ARENA y después de la candidatura presidencial.

La otra gran novedad es la presencia en las elecciones de Convergencia Democrática. El que el MNR, el MPSC y el PSD se hayan decidido a dar ese paso, significa varias cosas importantes: a) la afirmación de su autonomía frente al FMLN, el cual hubiera preferido una participación desestabilizadora en la vida política, pero no una participación legitimadora en las elecciones; b) el reconocimiento implícito de que en El Salvador ha habido una cierta apertura, la cual permite la actividad abierta de partidos de izquierda; c) la necesidad de trabajar desde dentro con el pueblo para irle convenciendo de las ventajas de una solución negociada, que de paso a un nuevo consenso nacional popular.

Qué pueda pasar con un PDC dividido tanto por el fracaso de su gestión partidista y de su gestión nacional como por ambiciones personales y grupales, está por verse. Por lo pronto sigue recibiendo el apoyo preferencial, no exclusivo de Estados Unidos.

Como novedad positiva ha de subrayarse también la creciente generalización de la necesidad urgente del diálogo y negociación. El Debate Nacional promovido por la Iglesia demostró la capacidad de convocatoria de Mons. Rivera, no siempre bien aprovechada en favor de la paz, el deseo generalizado de negociación y la razonabilidad de los sectores de izquierda, cuando se les da cauce a sus pretensiones. Aunque el Debate Nacional demostró también el miedo y la intransigencia del gran capital, supuso un gran impulso a la idea de negociación o, al menos, a la idea del diálogo. Todos los partidos políticos se declaran hoy partidarios de alguna forma de diálogo, no sólo entre todas las fuerzas constitucionalistas para conseguir una propuesta común, que ofrecer al FMLN, sino también de diálogos directos y permanentes con el FMLN. Que en sus más y en sus menos esto tenga que ver con la propaganda electoral, significa que los dirigentes de esa campaña sienten el clamor popular en favor de la paz y no quieren contradecirlo.

En este sentido es muy importante la nueva actitud del FMLN, reflejada en el primer viaje de los supremos comandantes guerrilleros, Joaquín Villalobos y Lionel Gonzalez, en visita a jefes de estado y otros funcionarios latinoamericanos de mucha significación democrática e incluso al congresista Solarz, tan influyente en la determinación de la política

exterior norteamericana. La oferta hecha en estas visitas de un proyecto político democrático, pluralista y abierto, que sirviera de marco seguro para terminar con la guerra y reconstruir el país y la muestra de su decidido propósito de negociar suponen una novedad, que pudiera estimarse como trascendental. Desvirtuarla diciendo que es una muestra de debilidad por lo mal que les va en la lucha militar y en el proceso de insurrección de las masas, supone una miopía suicida, que no tiene en cuenta la nueva geopolítica estratégica mundial ni la reiterada disposición del gobierno sandinista de llegar a negociaciones con Bush. Ciertamente algunas acciones del FMLN, sobre todo los asesinatos de los alcaldes y algún tipo de bombas en la ciudad, no hacen fácil la aceptación pública de su propósito negociador. Pero esta dificultad real no debiera llevar a desconocer la potencialidad pacificadora de la nueva estrategia del FMLN, incluso, aunque pareciera paradójico, cuando se empeña en fomentar la posibilidad de una insurrección a corto plazo, en vez de poner su confianza mayor en la potencialidad de un amplio movimiento de masas clamando por la negociación.

Tanto Reagan como Schulz y Abrams reconocen hoy que ha fracasado su política en Centroamérica, una política que ha sido servida por el presidente Duarte casi ciegamente, si exceptuamos el respaldo esporádico dado por éste a Esquipulas II y el rechazo, cuando lo supo, de prestar el territorio nacional para aprovisionar a los contras; así como su firme resistencia a devaluar el colón. Efectivamente las cosas no le van bien a Estados Unidos ni en Panamá, ni en Nicaragua, ni en El Salvador, ni en Honduras, ni en Guatemala y hasta Costa Rica se le ha resistido en algunas ocasiones. La idea de la ayuda a los contras, además de ser violatoria del derecho internacional, de Esquipulas II y de los derechos humanos, era descabellada y nunca fue aceptada por el pueblo norteamericano. La idea de no negociar con los sandinistas y con el FMLN-FDR también resultó contraproducente para los intereses centroamericanos pero también para los suyos propios. Gorbachov ha demostrado mucha mayor creatividad y mucho menor dogmatismo a la hora de enfrentar problemas más difíciles. Al parecer, Bush, menos ideologizado y más pragmático que Reagan, puede cambiar de estrategia. Algo ya se preannuncia en el súbito cambio respecto de la OLP, tildada hasta ahora de terrorista. El acuerdo de los cancilleres centroamericanos para tener una nueva cumbre de presidentes, al cumplirse un año de la última, puede empezar a cristalizar lo que hasta ahora no son más que apuntes de esperanza. Pero esto ya es algo que pertenece a 1989.

1988 ha seguido trayendo grandes amarguras a El Salvador en la violación de los derechos humanos, en recrudecimiento de la violencia, en profundización de la crisis económica. Pero puede decirse que el barco de la nación ha avanzado algo hacia el puerto de la solución de los conflictos. Demasiado lentamente y con enormes costos. Pero avance al fin.